



COVERPO



**100%
White
Trash**

una novela de

Harry Crews

ACUARELA & A. MACHADO EDICIÓN **MUY** RÚSTICA



HARRY CREWS

CUERPO

Prólogo de Jesús Lorente

Traducción de Javier Lucini



ACUARELA LIBROS



A. MACHADO LIBROS



Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que se reconozcan los créditos de la misma de la manera especificada por el autor o licenciador. No se puede utilizar esta obra con fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de ésta. En cualquier uso o distribución de la obra se deberán establecer claramente los términos de esta licencia. Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones siempre que se obtenga el permiso expreso del titular de los derechos de autor.

© de la presente edición:

Ediciones Acuarela y Machado Grupo de Distribución, S.L.

Título de la edición original:

Body

Autor:

Harry Crews

Traducción:

Javier Lucini

con la inestimable colaboración final de
Tomás Cobos, Jesús Llorente y Carlos Ruano

Propuesta gráfica:

Joaquín Secall

Fotografía del autor:

Maggie Powell

Maquetación:

Antonio Borrallo

Edición:

Ediciones Acuarela

info@acuarelalibros.com

acuarelalibros.blogspot.com

Machado Grupo de Distribución, S.L.
C/ Labradores, 5 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
machadolibros@machadolibros.com
www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-103-7

«Hay algo bonito en una cicatriz. Una cicatriz significa que la herida ya no te duele, que se ha cerrado y sanado para siempre.» (Harry Crews)

HARRY CREWS: LO QUE SÉ DE NOSOTROS DOS

Jesús Llorente

Conocí a Harry Crews en el verano de 1994, un verano en el que mi vida estaba en transición, aunque no estaba seguro de adónde ni hacia qué. Al principio Harry fue para mí tan solo un grupo musical en el que militaba Kim Gordon, cuya banda principal, Sonic Youth, abanderada del rock ruidoso norteamericano desde 1982, vivía un momento dulce tras publicar clásicos como *Sister* o *Daydream Nation*. Del mismo modo, Kim Gordon (y todos sus compañeros en Sonic Youth, Thurston Moore, Steve Shelley y Lee Ranaldo, a quien con el paso del tiempo terminamos editando un libro de poemas en Acuarela) era para mí una referencia de altura musical y emocional, un blog de lectura obligada de

cuando no había blogs y los links iban de boca en boca, cuando no de mano en mano.

Harry Crews fue fundado en realidad por Kim y por la reina del underground **Lydia Lunch** (Teenage Jesus & The Jerks, 8 Eyed Spy, Big Sexy Noise) junto a **Sadie Mae**, también conocida como **Lisa Timocich**. Jamás grabaron un disco de estudio y el único que publicaron es una presentación en vivo en la que también participa **Pat Place** (The Contortions) como guitarrista, una recopilación en directo extraída de actuaciones en salas del Reino Unido y Austria. Con un sonido crudo y desnudo que te llegaba a los tobillos, a la cabeza, al pecho y al estómago, como debía ser la música en aquellos momentos, al menos la música que yo quería que me sacudiera por dentro.

Conocí a Harry Crews antes de que supiera que era un escritor personalísimo, intenso, original y despiadadamente bueno. Durante aquel verano de 1994 pasé unas semanas sintiéndome el chico más punk de las zonas residenciales de Demarest, un pueblo a las afueras de New Jersey, célebre porque en él vivía Lucius Walker, pastor baptista conocido por su oposición al embargo de los USA a Cuba, fallecido el año pasado. Transcurrían mis horas más muertas que vivas escuchando en una casete las 12 canciones de su único álbum, titulado *Naked in Garden Hills*, un fragoroso y farragoso compendio de hardcore, rock, no wave, trash metal que me contagiaba ganas de existir, de sobrevivir en este mundo, por gris y siniestro y sin esperanza que fuese *aquel mundo mío*.

Mi inglés no era lo suficientemente bueno como para comprender cuál era el motivo central del elepé, el epicentro de tanta rabia, tanto desgarró físico, casi sexual, y solo cuando pasé un par de días en Nueva York justo antes de volver a España pude descubrir lo que escondía aquella música misteriosa y voraz. En una tienda vi el disco en vinilo, con una portada en la que salían las tres protagonistas del proyecto en forma de ilustración-collage

bastante cutre, y una contraportada en la que pude ver por primera vez la cara de Harry Crews. Del Harry Crews escritor.



Contraportada y portada de «Naked in Garden Hills».

En realidad composiciones como “Car”, “The Knockout Artist” o “The Gospel Singer” tomaban su nombre de diferentes novelas de Harry Crews. El título del disco también hace referencia a otra novela suya. “Bringing Me Down” trata sobre un festival (o convención, pero quiero evitar esa palabra) de serpientes, un tema que Crews había abordado en *A Feast of Snakes*. Y la cara A comienza con “About The Author”, en el que Lydia Lunch recita en primera persona, como si fuera el Harry Crews de carne y hueso, la historia de su vida hasta entonces. Era, como si dijésemos, la primera noticia que yo tenía de él. Y era a través de una cantante, en un disco llamado como el novelista que yo todavía no había leído, en una pieza en la que ella se mete bajo su piel en una especie de *spoken word* ruidoso, experimental, tremendo, primitivo.

Fue entonces cuando me hice con dos de sus novelas en una librería de St. Marks Place. Y luego con otras dos, horas después. Finalmente me gasté casi todo mi presupuesto del viaje en dos volúmenes más, uno de ellos su autobiografía. Pasé una eternidad en el aeropuerto sin poder comprar comida ni bebida y bebiendo agua del lavabo de uno de los baños. Pero yo tenía 22 años y cuando no podía comer nada me daba por pensar que podía comerme el mundo. Leí y leí y leí alimentándome por dentro como se alimenta un enamorado o un loco. Y luego en el avión seguí leyendo. Y parte de esta historia se detiene aquí.

Sí, aquí, en otra contraportada. La de *Body* (ahora *Cuerpo*). En ella —en la solapa en esta edición— Harry Crews parece desafiar al lector, al editor, a su agente literario, si es que lo tenía, al propio fotógrafo. Somos víctimas de nuestros rostros, de la configuración de nuestras facciones. Y Crews tiene el tipo de cara que cuando entra en un banco los seguratas se llevan la mano a sus pistolas. Si la cara es el espejo del alma, lo primero que sabemos es que Harry no es un vampiro. En su cara hay un mapa del tesoro no encontrado. Hay el ceño fruncido de mil lectoras de manos que no encuentran la línea de la vida de nadie en absoluto. Hay meandros, cunetas, muescas, dentelladas.

Desde su primera novela, *The Gospel Singer*^{*}, se puede comprobar la evolución de Harry Crews gracias a sus fotos en la contraportada o las solapas. Mostrando su tatuaje. Con gafas de sol. Con bigote. Con cresta. Rapado. Con la cara desencajada. El rictus torcido. Casi siempre intimidatorio. A veces pidiendo perdón por ser él. Todo escritor sabe que la verdad está en la ficción, pero también que su carácter es su destino. Y si hay en el mundo una cara a la que de ninguna manera se le puede hablar de tú esa es la de Harry Crews.

Pero, ¿qué sabemos de él?

Sus padres eran aparceros y Harry nació el 7 de junio de 1935 en Bacon County, Georgia.

Su padre murió de un ataque al corazón cuando él tenía 21 meses.

Su madre trabajó durante décadas en una fábrica de puros.

Sirvió como marine durante la guerra de Corea.

Se divorció dos veces de su primera esposa.

Durante su primer año en el ejército fue campeón de los pesos ligeros en su regimiento.

Le han roto la nariz al menos seis veces.

Ha practicado karate durante 27 años.

Su primer hijo murió ahogado en la piscina de un vecino.

Ha entrenado halcones. Le gusta la cetrería.

Tiene un tatuaje en el brazo derecho con la frase "How do you like your blue eyed boy, Mr. Death" bajo una calavera. Es un verso de e.e. cummings.

Ha bebido mucho y se ha drogado lo suficiente. Hasta los 47 no tuvo su primera resaca.

Admite no ser una persona divertida.

La gente no se sienta a su alrededor ni se ríe con sus ocurrencias.

Él mismo se ríe bastante poco.

Todo su humor se encuentra en sus libros.

Se ha metido en innumerables peleas, incluso recientemente.

Harry Crews está enfermo (aunque lleva años diciendo que lo está).

Su última novela se llama *The Wrong Affair*, todavía sin terminar.

Él mismo no sabe si le quedará tiempo para terminarla.

Al escribir sobre nosotros mismos nos pasa como cuando le damos la vuelta al teclado del ordenador. Sobre la mesa aparecen uñas mordidas, trozos de piel, comida, polvo acumulado, restos de chucherías y otras cosas

innombrables. Normalmente recogemos los trofeos y los mandamos a la papelería con cara de asco. Pero no Harry Crews. Él escribe sobre sí mismo, todo lo que sabe del mundo lo sabe porque lo ha escrito, y a veces leído. No es uno de esos autores que primero asestan heroicos puñetazos a las mesas de los cafés y luego comienzan a dar gritos porque se han hecho daño. Tal y como él mismo confiesa: *“Si no lo he hecho, no puedo escribir sobre ello. Si no me he metido en ese asunto, olido, saboreado, enfangado en ello -en el argumento- no puedo decir nada. Algunos pueden, y lo hacen fenomenal. Pero yo no, radicalmente no”*.

Es curioso cómo llegué hasta Harry Crews, y sorprendente el modo en el que él ha llegado a mí 17 años después. *Body* ha sido traducido y yo tengo algo que ver con ello... Y aunque cualquiera que haya vivido una pasión con cierta intensidad sabe que simultáneamente tiene que ir aprendiendo a conformarse con mucho menos, percibo la misma emoción que cuando descubrí a Harry (a ambos). Y es como si esa emoción siempre hubiese estado aquí, electrificada, inmóvil, como una minúscula entre paréntesis. Como si aquel que fui yo hubiese vuelto para decirme que todo aquello que sentí -por aquella música, por aquellas palabras, por la prosa de este hombre- estaba bien, que no me había equivocado por mucho que fuese experto en descubrir las cosas importantes de esta vida casi por accidente, de oídas, a tientas. Intentando filtrar en mi cabeza todo lo que llegaba hasta mí con el mejor colador posible y la voluntad de ser bueno con todo el mundo siempre y en toda ocasión, con sólo algunas notables excepciones.

22 marzo 2011

Nota

* De próxima publicación en Acuarela Libros & A. Machado.

Este libro es para mi hijo Byron Jason Crews

NOTA DEL AUTOR

Esta obra es producto de la imaginación. Nada de lo que aquí se cuenta ha sucedido fuera de las cubiertas de este libro. Mis amigos del mundo del culturismo se darán cuenta de que me he apropiado de elementos pertenecientes tanto a las competiciones amateur como a las profesionales con la intención de unirlas y conformar algo que no existe ni ha existido jamás. Dicho de otra manera, he tomado el culturismo para servir a las necesidades de la ficción, no al contrario. En consecuencia, cualquier parecido con personas vivas o muertas es fruto de la más pura coincidencia y no responde a la intención del autor.

Vivir es andar sobre el alambre.
El resto no es más que espera.
KARL WALLEENDA,
*en una conversación mantenida
unas semanas antes de caer
al encuentro con su muerte
en 1978.*

uno

La llamaban Shereel Dupont, que no era su verdadero nombre, y en los últimos tres meses no había tenido la regla, pero no estaba embarazada y lo sabía. No, era mucho mejor y mucho peor que eso. En parte se debía (incluso el nombre que no era su nombre) a los constantes ejercicios con pesas y al andar siempre medio muerta de hambre con una dieta a base de botes de vitaminas, batidos de proteínas y lenguado a la plancha sin sal ni mantequilla. Pero sobre todo se debía a Russell Morgan, al que también llamaban Russell Músculo, pero sólo a sus espaldas, nunca a la cara. Russell era quien la había descubierto, entrenado y bautizado, quien había cambiado todo en ella, hasta el modo de hablar, exigiéndole perder su acento de Georgia, al tiempo que la forzaba hacia una configuración final que sólo él era capaz de ver. No era un hombre de muchas palabras, pero siempre había dejado bien claro que el único que hacía falta que viera y supiera era él.

En el gimnasio, después de la tercera serie en el banco de pesas con setenta kilos en la barra (competía en la categoría de cincuenta y seis kilos), sus pectorales, enjutos y largos como los de un nadador pero tan marcadamente

dispuestos y definidos como si se los hubiesen grabado con ácido, quemaban como fuego bajo los senos (cada uno del tamaño de un huevo duro). Aun así, no era suficiente para alcanzar su secreta visión de lo que debían ser. Nunca era suficiente.

-Otra serie -dijo Russell.

-Quema -dijo ella-. Dios, cómo quema.

Russell la observó sufrir, con la respiración agitada y poco profunda, el sonido de otros culturistas bufando y gruñendo a su alrededor y el ruido de los platos de hierro sonando estruendosamente en el aire cargado de motas de polvo bajo las luces fluorescentes.

La miró durante medio minuto, sin expresión en el rostro, y entonces dijo:

-Yo te diré cuándo te quema.

-Me duele, Russell -dijo ella.

-Yo te diré cuándo te duele -dijo él.

Y no le quedaba otra que volver al banco, bajo la barra cargada, para emprender otra serie y todo lo que se requiriese de ella.

Bueno, al menos después de la competición del sábado por la noche podría disfrutar de un pequeño respiro, el que Russell considerase oportuno, en lo relativo al gimnasio. Podría tomar más hidratos de carbono, más calorías y, a la vez que un poco de grasa corporal, reaparecerían sus períodos, a los que, extrañamente, echaba de menos.

Se levantó de la cama en la que había estado tendida tratando de apartar de su mente los gritos y las risas chillonas que le llegaban desde la piscina del hotel que había bajo su ventana, y se detuvo desnuda frente al espejo. Era incapaz de reconocerse. Se volvió ligeramente y no pudo dar crédito al suave corrimiento de músculos que se adherían tirantes a sus finos huesos.

Sólo cuando se encontraba entre otros campeones mundiales (como aquellos que estaban en la piscina dejando pasar el tiempo, del mismo modo que ella, en este

día final antes de la competición), sólo entonces podía creerse a sí misma. Ninguna otra mujer del gimnasio donde entrenaba (El Emporio del Dolor de Russell), ni de la ciudad donde vivía, podía siquiera llegar a hacerle creer lo que se había hecho a sí misma.

Sólo cuando se juntaba con los misteriosos otros, llegados de ciudades distantes para exhibirse casi en pelotas frente a un público estruendoso, sólo entonces se daba cuenta verdaderamente de lo que suponía ser especial, especial en lo referente a la sangre, la carne, el sudor y, por encima de todo, el dolor.

Una llave rascó la cerradura de la puerta. Era Russell Morgan, un metro noventa de alto y ciento nueve kilos de peso. A sus cuarenta y cinco años había dejado de competir, pero su presencia, incluso ahora, en ocasiones, con sus ochenta y cuatro centímetros de cuello y ciento treinta y dos de pecho, provocaba reacciones impropias en la gente, como por ejemplo: salirse con el coche de la calzada.

Llevaba puesto un bañador slip y era totalmente lampiño. Usaba Nair para depilarse todo el cuerpo porque la ausencia de pelo hacía que las secciones entre sus músculos lucieran muchísimo mejor.

Sus afiladas pantorrillas tenían forma romboidal y los grandes globos de su pecho se proyectaban bien separados y definidos.

Cuando a los cuarenta empezó a quedarse calvo, se afeitó la cabeza y decidió mantenerla tal cual. Todo o nada, así era Russell Morgan. Se exigía a sí mismo la misma clase de disciplina que exigía a sus pupilos.

Se quedó en la puerta mirando a Shereel, desnuda ante el espejo. Llevaba una báscula de baño en la mano derecha.

-Parece que has ganado peso -dijo.

-Russell, necesito un trago de agua.

Él echó un vistazo a su reloj de pulsera.

-En dos horas podrás beberte un decilitro de agua o chupar cuatro cubitos de hielo, lo que prefieras. Soy un

hombre razonable.

Cerró la puerta a sus espaldas, caminó hasta ella y depositó la báscula en el suelo.

-Estoy tan seca que no puedo ni escupir -dijo ella.

-No necesitas escupir, lo que necesitas es secarte. Secarte, secarte y secarte. Deshidratarte. Si bajas a los cincuenta y seis kilos lo ganarás todo. Y *vas* a bajar a los cincuenta y seis kilos -hizo una pausa-. Súbete a la báscula.

-Oh, Russell -dijo, pero obedeció.

Se inclinó para observar el balanceo de la aguja. Él permaneció totalmente inmóvil, mirando la báscula. Ella vio cómo los músculos de Russell se le tensaban a la altura de los hombros y cómo se le estiraban los tendones en la parte posterior de su enorme cuello, y lo supo.

Con una voz apagada y aterradora, aún más espantosa por su suavidad, dijo:

-Virgen santa, cincuenta y seis y medio. Cuarenta y ocho horas para salir a escena y estás medio kilo por encima de tu peso.

-No lo voy a conseguir, Russell.

-Llegarás. Yo estoy aquí para hacer que lo logres.

Caminó hasta el aparato de aire acondicionado y apagó el ventilador. Luego encendió el termostato de la calefacción y lo puso a tope. Cuando volvió hasta ella se desembarazó de su bañador.

Ella bajó la mirada.

-Por Dios, Russell.

Él dijo:

-Tienes que perder ese peso.

Ella estaba un poco descolocada. Esto nunca había sucedido. Él ya la había visto desnuda. *Tenía* que verla desnuda para controlar sus excesos, sus ingles, lo bien definidos que estaban sus abdominales inferiores, la delgadez, la simetría, pero nunca había pasado algo así. La desnudez de Russell era una novedad e hizo que algo parecido al terror comenzase a hervir en su corazón.

-Podría ir a la sauna -dijo ella-, podría hacer unos cuantos largos.

-Pero entonces te verían, ¿no? -dijo él-. Y quiero que se caguen la pata abajo cuando te quites la bata para calentar en el backstage antes de salir a escena. Ponerles nerviosos, pequeña, psicología.

Russell nunca dejaba que nadie viera a la chica que presentaba de su gimnasio hasta unos instantes antes de salir a escena, en el backstage. Él mismo había actuado así cuando competía y seguía haciéndolo ahora con quienes entrenaba. Pensaba que eso le daba ventaja.

Se acercó a ella y le tomó la cara entre las manos, unas manos tan gigantescas que parecía que estaban sosteniendo una naranja.

Cada vez hacía más calor allí dentro y las risas y los gritos chillones procedentes de la piscina al otro lado de la ventana aumentaron con el calor. Al menos así se lo pareció a Shereel, con la cabeza atrapada entre las manos de Russell. La meció dulcemente, con ternura.

-Tómalo como una sesión de entrenamiento -dijo Russell-. Me lo dijo un amigo, Duffy Deeter, y he acabado por creerlo. Follar no es más que otra sesión de entrenamiento.

-Russell, yo...

Él la sacudió, no de forma violenta, pero tampoco con ternura.

-No hables. Escucha. Tienes que poner todo tu corazón en esto. Tu corazón. Tienes que currártelo. ¿Quieres agua? ¿Quieres chupar un agradable y fresco cubito de hielo? Pues aquí es donde te lo tienes que ganar. Gánatelo aquí o no lo obtendrás.

Y así, allí mismo, en la asfixiante habitación del Hotel Blue Flamingo, en el centro mismo de Miami Beach, se inició una danza bizarra por un decilitro de agua, una ofensiva violenta llena de requiebros y retorcimientos que hizo que la cabeza de Shereel retumbase como un campanario. Russell

la manipuló con la misma facilidad con que hubiese manejado a una niña sin dejar de exhortarla: «¡Cúrratelo, maldita sea, cúrratelo!».

Pero aun poniendo todo su empeño, lo único en lo que ella podía pensar era en que su madre y su padre, junto a sus dos hermanos, su hermana y su antiguo novio (quizá todavía su novio) venían conduciendo desde el sur de Georgia para asistir al espectáculo del fin de semana. Nunca la habían visto competir, no lo entendían, pero habían visto fotos que ella misma les había enviado de su participación en otras competiciones, tenían curiosidad y además la querían.

Sin embargo, gradualmente, el chapoteo de la piscina se fue transformando en su cabeza en un decilitro de agua y aquel minúsculo vaso de agua se llevó por delante tanto las imágenes de su familia como las de lo que estaba haciendo allí, en la cama que las fuertes estocadas y sacudidas de Russell acababan de romper. Él ya estaba bañado en sudor cuando ella perdió clara y completamente la cabeza y su cuerpo comenzó a mostrar la primera, casi imperceptible, humedad.

Destrozaron la mayor parte de los muebles de la habitación mientras Russell resoplaba y aullaba como un loco:

-¡Eres una maldita campeona! ¡A currárselo! ¡Pierde peso! ¡Adelgaza!

Puesto que su consumo de líquidos había sido cuidadosamente supervisado, jamás hubiera podido imaginarse que llegaría a sudar como estaba sudando ahora, pero cuando por fin acabaron en el suelo entre los restos de la destrozada mesita, estaba más empapada que Russell. Y había sido él quien había abandonado, boqueando en busca de aire. Sangraba por los largos y delgados arañosos que le recorrían la espalda y las piernas. Había sufrido golpes en sus hipermusculados hombros, golpes que más tarde se convertirían en feos moratones. Pero Shereel

no lucía ni una sola marca, su delicada piel estaba tan suave e inmaculada como siempre. Pues en el curso de todos los retorcimientos y retrocesos, encorvamientos y embestidas, Russell había tenido mucho cuidado de no dejar en ella la menor señal de forcejeo. De poco serviría echar a perder la carne que había traído hasta allí para alzarse con el título.

-Suficiente -dijo en un suspiro ronco y entrecortado-. Ya estamos donde necesitábamos estar.

Y así era. Cuando se subió a la báscula pesaba cincuenta y cinco y medio. Sólo cuando vio el peso se le ocurrió pensar que durante todo el revolcón (obligándola a volverse una y otra vez, deteniéndose en su cabeza, en sus pies, en su espalda, en su vientre), en ningún momento la había besado. No es que deseara que lo hubiera hecho. Pero es que nunca se la habían follado sin besarla. (Su hermano, para hacerla rabiar, solía decir: «¿Sabes por qué no se besa a una vaca cuando te la follas? Porque la boca te queda a tomar por culo. Ja, ja, ja».)

-Puedes beberte un decilitro y medio de agua.

Se volvió hacia él, el rostro tenso, enseñando los dientes:

-¡Sólo quiero medio decilitro! Y deja puesta la calefacción.

-De acuerdo -gritó Russell-. Finalmente has cogido el toro por los cuernos.

Fue entonces cuando la besó, un largo beso que no notó que ella le permitió, pero sin corresponderle.

dos

Estaban sentados junto a la piscina en unas tumbonas, Russell con su bañador, Shereel con un albornoz de felpa que la cubría sin dejar nada al descubierto. Lo único que exponía a la luz eran sus pequeños pies dorados. El sol ardiente había ensombrecido su rostro que, por otra parte, llevaba medio oculto tras unas gafas de sol modelo aviador.

A su alrededor, en la piscina, no había más que enormes hombres musculosos sobre tumbonas, de cuerpos venosos y lampiños, y mujeres sin grasa corporal de piel diáfana, movimientos lánguidos y deliberados y muros abdominales encumbrados por hileras de músculo tan claramente definidos que resultaban irreales, las locas figuraciones de un artista psicótico.

Todos parecían perfectos en su especie, dientes increíblemente blancos, melenas tupidas y arrebatadoramente hermosas, ojos claros en los que brillaba una involuntaria confianza, como si el mundo jamás fuese a desaparecer, jamás pudiese desaparecer. Aquí la edad y la muerte parecían vencidas. Todos se ignoraban ostensiblemente entre sí sin dejar de moverse en los monumentos envasados en que se habían ido

transformando. Sus pieles circunscribían sus mundos, unos mundos que habitaban con una felicidad, una satisfacción y un orgullo que saltaban a la vista.

Sin volver la cabeza, Shereel dijo:

-¿Y qué pasa con la habitación?

-¿Qué pasa con ella? -dijo Russell.

-La has destrozado. La has hecho pedazos.

-Que le jodan a la habitación. Tenemos una competición por delante. Ya me haré cargo de eso cuando llegue el momento -hizo una pausa y entornó los ojos para protegerse del sol-. Admiro tu disciplina con el agua.

Ella no contestó.

-Siempre te he admirado.

Ella le miró con curiosidad. Era la primera vez que le decía eso y él podía ver en su cara lo que estaba pensando.

-Siempre lo has sabido.

-No es fácil adivinar que alguien te admira cuando no deja de gritarte -dijo ella.

-Los gritos son necesarios. Todo es necesario.

Ella fingió un bostezo y se encajó un poco más el sombrero.

-Tú límitate a mantener esa cara de competición -dijo él-. Hemos llegado muy lejos.

-Sí -dijo ella-. Hemos llegado muy lejos.

Russell se volvió en la tumbona y le apoyó la mano en el hombro:

-No dejes en ningún momento de recordarte a ti misma de qué va todo esto. La cima del mundo. Lo mejor está aquí. Vence a tus contrincantes aquí y ya no te quedará a quien vencer. Te lloverán los cheques, tantos que tendrás que contratar a alguien para que te lleve las cuentas. El gimnasio crecerá como una flor. Franquicias. Pasta -se detuvo a contemplar sus propias manos, gruesas pero perfectamente estructuradas-. Yo cuidaré de ti.

-No te emociones, Russell.

-Es la pura verdad -dijo él.

Iba a contestarle cuando se les aproximó un negro que debía pesar unos ciento veinte kilos y era más alto que Russell. Llevaba una camiseta sobre el traje de baño. En la parte delantera de la camiseta se podía leer:

GIMNASIO BLACK MAGIC
DETROIT MICHIGAN
CUNA DE LA CAMPEONA MARVELLA WASHINGTON

Shereel sabía quién era. En su día había sido un famoso y temible competidor.

-¿Qué pasa, Russell? -les mostró una kilométrica y perfecta dentadura.

-Pensé que me lo dirías tú, Muro.

Shereel había visto ejemplares de viejas revistas de culturismo de la época en la que él había arrasado en los escenarios. Por entonces se le conocía como Wallace el Muro.

-Ahora me llamo sólo Wallace, el Muro pasó a la historia. Russell sonrió:

-Sí, salta a la vista.

-Cuidado con lo que dices, blanquito -dijo Wallace, pero lo dijo en un tono amistoso y de chanza.

-¿No vas a empezar a tratarme como un negrata, verdad, Muro?

-No he hecho todo este camino desde Detroit para tratarte como un negrata, Russell Músculo.

-Sabes que no me gusta que me llamen así -dijo Russell.

-Lo sé -dijo Wallace.

-Así es que dime -dijo Russell-, ¿qué te trae por aquí?

-Tío, ¿no te has enterado? Aquí se va a celebrar el Mr. & Miss Cosmos -hizo una pausa y desvió la mirada al otro lado de la piscina donde una joven negra, haciendo gala de su singular y resplandeciente fuerza, y un chaval blanco fibroso, se dedicaban a realizar conjuntamente su rutina de poses-. A Mr. Cosmos le pueden dar -continuó diciendo-. Yo

he traído a la futura Miss Cosmos. Joder, no soy codicioso. Me conformo con Miss Cosmos y me la he traído nada menos que desde Detroit.

-Por supuesto, Muro -dijo Russell, confiadamente. Estaba muy seguro de sí mismo-. Por supuesto.

Wallace puso los ojos en blanco y suspiró. Acto seguido, se volvió hacia Shereel.

-Me alegra verla, señorita Dupont, aunque no pueda *verla*.

-Me alegra verte, Wallace -dijo ella por debajo de su sombrero.

Russell dijo:

-Su bronceado es perfecto. Está en plena forma. La mejor en su categoría.

Wallace le ignoró:

-Tenías un aspecto endiabladamente bueno en Los Ángeles.

-Lo bastante bueno como para ganar -apuntó Russell.

Ahora Wallace sí le miró:

-¿Has traído a alguien para la categoría masculina?

-Estamos aquí, al igual que tú, para un único título: el de Miss Cosmos. Shereel lo ansía con todas sus fuerzas. Nada puede desviarla de su camino. De estar en tu lugar yo me ahorraría unos cuantos gastos, haría las maletas y me volvería a casa ya mismo.

-Siempre es un placer hablar con un caballero, Russell Músculo -se dio la vuelta para irse pero se detuvo el tiempo suficiente para añadir-. Ah, señorita Dupont, Marvella la anda buscando. Y no me cabe duda de que la encontrará antes de que esto haya acabado. Yo que usted me cubriría las espaldas.

Cuando se fue, Russell dijo:

-Gilipollas.

-No es mal tipo -dijo Shereel.

Russell frunció el ceño, gruñó y dejó escapar el siguiente estertor de su garganta.

-Aquí todos son gilipollas. ¡Asesinos de niños! ¡Maricas y tortilleras capaces de follarse a sus propios padres! ¡Que no se te olvide ni por un puto segundo! -y luego en un siseo-. Son esos cabronazos contra nosotros. Me gustaría ver un poco de odio cociéndose en tu interior. Odio, por amor de Dios.

-Russell -dijo Shereel muy tranquila-, estás loco.

-Yo te enseñaré lo que es la locura antes de que esto acabe -dijo él-. Te mostraré lo que es estar como una puta cabra.

Por el sistema de megafonía de la piscina sonó un aviso: «Señorita Dorothy Turnipseed*, ¿podría acercarse al teléfono de recepción? Tiene un mensaje».

La cabeza de Shereel se incorporó con una sacudida.

-No te muevas -dijo Russell-. No te muevas ni un milímetro.

-Será mi familia -dijo ella-. No puede ser nadie más.

-¿Es que no saben que tu puto apellido ya no es Turnipseed? ¿No saben que te llamas Shereel Dupont?

-Saben que ése es mi nombre artístico.

-Tu nombre artístico -fue una afirmación.

-Es lo que pone en las fotos de los certámenes que les mando. Tengo que decirles algo. Jamás entenderían eso de *cambiarme* el nombre.

Russell se había olvidado totalmente de que su familia iba a venir a la competición.

-Dios mío -dijo-, si esto sale a la luz estamos perdidos. Nadie que se llame Dorothy Turnipseed podrá jamás llegar a ser Miss Cosmos.

La voz del sistema de megafonía preguntó si la señorita Turnipseed estaba en el hotel.

-Tú te quedas aquí -dijo Russell-. Yo me acerco al teléfono y me ocupo de esto.

Se levantó de la tumbona y se dirigió al teléfono que había junto a la piscina. Shereel observó cómo se marchaba y se le ocurrió pensar que si su nombre no fuese Turnipseed,

probablemente no estaría ahora allí sentada, junto a la piscina del Hotel Blue Flamingo.

Había entrado en El Emporio del Dolor de Morgan preguntando por el anuncio de solicitud de «secretaria para servicio general de oficina en un gimnasio de musculación». Ni siquiera sabía lo que era un gimnasio de musculación, pero había asistido a un curso de secretariado de ocho semanas en la escuela para MUJERES CON ASPIRACIONES EMPRESARIALES de Waycross, Georgia. Tendría que pasar allí casi una semana hasta averiguar lo que significaba el término «aspiraciones», pero finalmente lo averiguó y se graduó. Y en cuanto se graduó dejó su hogar y se dirigió a Jacksonville, Florida, en busca de trabajo. No sabía exactamente por qué razón decidió irse, pero desde que era pequeña había tenido claro que no quería pasarse toda la vida en Waycross. Sabía que no quería ser simplemente otra Turnipseed del sur de Georgia.

Así es que un buen día entró en el gimnasio y le entregó a Russell su currículum, que ocupaba una sola página (habían dedicado no poco tiempo a una lección titulada «El currículum» en WBBA, que eran las siglas con las que casi todo el mundo denominaba a la escuela, y Shereel estaba muy orgullosa del currículum que había conseguido dar a luz).

Russell estaba distraído pues entrenaba a un tipo bajito que hacía sentadillas con una barra tan cargada que se doblaba ligeramente cada vez que bajaba. Los bufidos y los gruñidos del tipo en cuclillas asustaron a Shereel pero apenas le quedaba dinero y necesitaba encontrar trabajo urgentemente.

Russell frunció el ceño ante el currículum cuando se lo entregó y, acto seguido, gritó al tipo pequeño que estaba acucillado:

–¡Arriba! ¡Empuja, maldita nenaza!

Entonces, sin mirarla, le dijo:

-Creo que ya he encontrado a la mujer que necesito.
Adiós.

-Pero si ni siquiera has mirado el currículum -dijo ella.
Russell volvió a gritar a su pupilo y después echó una ojeada al papel que tenía en la mano. Estaba a punto de lanzar otro alarido, pero no lo hizo. Miró atentamente el currículum.

-¿Dorothy *Turnipseed*? -dijo.

-Sí -ella miraba más allá de Russell, al hombre achaparrado que se había quedado atascado en el fondo de una sentadilla. Los ojos estaban a punto de saltársele de las órbitas. Los tendones le sobresalían por el cuello. Pensó que estaba a punto de morir allí mismo, atrapado bajo aquel peso.

-¿Es tu verdadero nombre? -le preguntó.

-Hay muchos Turnipseed en Georgia -respondió ella.
El tipo dejó caer el peso a sus espaldas y, acto seguido, se desplomó y quedó tendido bocarriba. Se quedó inmóvil en esa posición pero Russell no pareció darse cuenta.

La miró durante unos instantes.

-¿Sabes contar?

La pregunta le enfureció, pero necesitaba el trabajo:

-Sí.

-¿Conoces el abecedario?

-¿Quieres que te lo recite?

-Quiero que respondas a mis preguntas, haz lo que te digo y mantén la boca cerrada. Yo soy el único a quien se le permite ser gracioso aquí y nunca soy gracioso.

Entonces, por motivos que nunca le reveló, la contrató en el acto. Al irse, el hombre bajito seguía tendido bocarriba. Lo único que indicaba que estaba vivo era su pie derecho que se contraía a intervalos irregulares.

Pero al día siguiente, cuando acudió a trabajar, aquel mismo individuo se hallaba contraído bajo el mismo peso descomunal y Russell seguía gritándole.

Entró a trabajar en la diminuta y casi asfixiante oficina e hizo bien su trabajo, contestó al teléfono y respondió el correo de Russell (en su mayor parte mensajes que solicitaban su asistencia para impartir seminarios en diversos gimnasios o propuestas para que considerara la posibilidad de acudir como posante invitado en alguna competición que iba a celebrarse al otro extremo del país). Puso en orden su caótico fichero de admisiones siguiéndole la pista a los socios: quién debía alguna cuota y quién se había dado de baja.

Russell apenas se dirigió a ella durante la primera semana. Ella estaba fascinada con las mujeres del gimnasio (impecables y hermosas) que sudaban y gruñían junto a los hombres. Pero nunca consideró la idea de unirse a ellas hasta que Russell entró una tarde en la oficina no tanto para pedirle como para exigirle que al día siguiente se trajera unas mallas para sumarse a una sesión de entrenamiento. Como no quería perder el trabajo, al día siguiente se presentó con las mallas, una cosa diminuta de color azul pálido muy ajustada que le hizo sentirse desnuda en cuanto salió del vestuario de chicas. Russell se puso inmediatamente frente a ella y ella no supo qué decir ni qué hacer mientras él la examinaba. Así fue como lo vivió: como un examen. La tomó del hombro y la obligó a volverse. Palpó la alineación de su espina dorsal, se fijó intensa y detenidamente en sus piernas, sus brazos y en el modo en que se le torneaba la pelvis. Le llevó sólo dos o tres minutos pero a ella le pareció una hora y estuvo todo el tiempo ruborizada, aunque eso fue lo único en ella que Russell no notó.

-Justo lo que pensaba -dijo-. Lo supe en cuanto te vi. Tienes buenos huesos.

-¿Huesos?

-Huesos.

Allá en casa los chicos habían hecho comentarios sobre su culo, sus caderas y sus pechos, pero ésa era la primera